

IMPACTO CULTURAL EN BUENOS AIRES: 16 SIGLOS DE HISTORIA MACEDÓNICA

En el curso del mes de julio de 1996 se llevó a cabo en Bs. As. una exposición excepcional: la muestra de 361 objetos artísticos que evidencian el altísimo grado cultural alcanzado por el pueblo macedonio en su trayectoria histórica.

Las piezas, exhibidas en el Museo de Arte Decorativo, emplazado en el Palacio Errázuriz, no pudieron tener un escenario más refinado y exquisito, acorde con el valor de las obras.

Es interesante recordar que Macedonia era un gran país montañoso, situado al noroeste de la península balcánica; de ahí que sus habitantes, los "Maketoí" o "Makedónes" fueran llamados, según atestigua Chantraine, en su *Diccionario etimológico*, "las gentes de las tierras altas" (La denominación proviene de "makedonós": alto, esbelto).

Constituían una tribu griega que, según fuentes antiguas y los hallazgos arqueológicos actuales, podría equipararse con los dorios.

Provenían de las montañas del Pindo, desde donde, un grupo de ellos, los argivos, se desplazó hacia el monte Olimpo en la Edad del Bronce tardío y tomó contacto con las tribus micénicas.

Su lengua, un dialecto griego, no era, sin embargo comprendido por los helenos.

Hacia el final de la guerra del Peloponeso, Macedonia comienza a salir de su aislamiento económico y toma contacto con la cultura helénica.

Su unificación militar y política se logra con Filipo II (359-336 a.C.), quien consolida el estado más poderoso de su época, al reinar sobre las ciudades-estado griegas, aprovechándose de la grave crisis política y social que las debilitaba.

Alejandro, (336-323 a.C.), su hijo, discípulo de Aristóteles, difundió la civilización helénica en su vasto imperio que se extendía desde el mar Egeo hasta la cuenca del Indo y desde el desierto de Libia hasta el Caspio.

Angelikíkotaridu, en el catálogo que se entregaba al ingresar en la exposición, sintetiza su labor humanitaria con precisión: "(...) vivió incansablemente el sueño de la igualdad ante la ley, aplicando los principios del condominio y de la conciliación, con el fin de suprimir las fronteras entre los pueblos y la creación del hombre cosmopolita exento de intolerancia".

La exposición que nos ocupa ofrece una muestra cabal de la cultura macedonia y da cuentas de su arte, su lengua, sus costumbres, sus creencias.

Se ofrecen al público hallazgos de la época micénica; tesoros de las tumbas de aristócratas macedonios; objetos funerarios de la necrópolis real de Egés y la urna de oro, finamente labrada, que contuvo los restos de Filipo II, así como un retrato original del apuesto Alejandro, presumiblemente realizado por un contemporáneo suyo.

La vida cotidiana se refleja en piezas de cerámica cuidadosamente trabajadas, reconstituidas con competencia y delicadeza. Resaltan así crateras, vasos y ánforas de diversos tamaños para escanciar vino a través de sus cuellos de cisne.

El mundo de la cosmética femenina se condensa en joyas primorosas, brazaletes en forma de serpientes, camafeos que exhiben hermosas muchachas con pelo rizado y no faltan largas fibulas de gran cabeza labrada para ajustar la túnica o el jitón al hombro, con elegantes pliegues.

Emociona contemplar un porta-espejo refinado. Revive ante nosotros frente a él, la imagen de Glauca, la bella hija del rey de Corinto que, gozosa, recibe la corona y la túnica mortales que le envió Medea y que, como refiere Eurípides, "sonríe a la imagen inanimada de su persona, gracias a un brillante espejo".

No faltan los recipientes que conservaban ricos perfumes o pinturas para embellecer el rostro de las damas.

Impacta un biberón de cerámica que a través de los siglos ofrece

al mundo, bajo la forma de una mujer con vientre nutricao, la imagen de la vida fecunda que se brinda sin retaceos.

Hermosas piezas de metal dan cuenta de la laboriosidad y el grado de excelencia alcanzados por los orfebres macedonios para trabajarlo.

Se ofrecen asimismo adornos de oro que, cual tachas o broches, se colocan sobre los "croobyloi" o penachos de los cascos o en las vestiduras femeninas y además, una colección de monedas de distinto valor con las que se efectuaban las transacciones comerciales.

Capítulo aparte merece el tema del respeto al difunto: serena y majestuosa, una lápida de piedra blanca muestra el nombre de la mujer sepultada en el sepulcro al que pertenecía dicha lápida. Conmovedoramente consigna quiénes fueron los hombres que la amaron: su esposo y su padre. ¡Historia de amor que resistió el paso de los siglos!

Se observan mascarillas con las que se cubrían los rostros de los muertos y rombos pulidos para tapar la cavidad bucal.

En suma: 16 siglos (del XV a.C. al II d.C.) de la vida rutinaria del pueblo macedonio que causaron conmoción en Buenos Aires. Las notas periodísticas dieron cuenta de la afluencia masiva de público que visitó la muestra, ratificando a las claras el poder de convocatoria que, por fortuna, aún tiene la cultura.

Quienes amamos el mundo clásico comprendemos que el espíritu de Alejandro, que respetó profundamente el acervo cultural de los hombres, cobra vigencia hoy con la tan difundida globalización del mundo en el que nos toca vivir.

Creemos firmemente que la confraternidad anhelada por el impetuoso macedonio se hace realidad cuando, como en este caso, se ratifica y exalta la identidad cultural de un pueblo.

Nuestras más calurosas felicitaciones para quienes, deseosos de la vigencia del logos creador que inflamó al pueblo griego, hicieron posible en Buenos Aires una exposición de tanta calidad.

Cilly Müller de Inda